

Sabid.— Que se necesita tener muy poca fe para quejarse de este modo, y aún menos esfuerzo de voluntad y conocimiento de las cosas del espíritu. Tú, amigo mío, sal de una vez del fango de los placeres materiales, y piensa bien lo que eres, en dónde estás y a dónde vas; sólo así comprenderás cómo al afligir a mis amigos, está muy lejos de mí el hacerles daño, antes al contrario con esto les hago bienes incalculables.

Por tu propia naturaleza eres un espejo de la Divinidad, imagen de la Trinidad Santísima, y un reflejo de la eternidad. Tienes en tu corazón un deseo ilimitado al que yo y sólo yo puedo dar cumplido reposo, porque sólo yo soy el Bien infinito. Y así como una gotita de agua se pierde en el Océano, porque nada es, así nada es para tu corazón insaciable cuanto el mundo puede darte mientras vivas en este valle de miserias, en donde el bien está siempre mezclado con el mal, la risa produce lágrimas, y la alegría está muy cerca de la tristeza.

Nadie puede disfrutar en este mundo de una paz perfecta. El mundo es engañoso y falso; promete mucho y da muy poco; sus goces son muy pequeños; triviales y pasajeros. Hoy te promete consuelos y mañana te agobiará de tormentos y penas así son los placeres del mundo.

Mira de un lado los remordimientos, la desesperación, las angustias mortales y los tormentos de los condenados; y de otra la tranquilidad de conciencia, la muerte apacible y la gloria eterna de mis siervos fieles; y verás si son o no razonables las quejas de los hombres del mundo.

CAPITULO XVI

Misérias de los mundanos

Sabiduría.— Ahora examina conmigo las miserias que envuelven a los hombres, que en esta vida se entregan a los goces del cuerpo y de los sentidos.

¿De qué les sirven las alegrías temporales, que pasan como si nunca hubieran existido? ¡Qué breve es una felicidad que conduce a una desventura sin fin! ¡Insensatos!; ¿qué ha sido de aquella vuestra invitación al placer cuando cantabais: *Apresuraos a gozar, jóvenes cuyo corazón siempre está pronto al regocijo: olvidemos todos los pesares, entreguémonos a las delicias del placer, sean para nosotros las flores, las rosas, la lozanía, los festines, los placeres de los sentidos y de la carne!* Decidme: ¿qué os ha quedado entre las manos de todo esto?

Ahora sí que podéis ya exclamar: *¡Desgraciados de nosotros! ¡Mejor nos fuera no haber nacido! ¡Oh tiempo breve y miserable!; ¡cómo nos ha sorprendido la muerte, cómo hemos sido juguete del mundo, y al fin ha acabado por burlarse indignamente de nosotros! Todos los dolores más grandes y prolongados de la vida no son nada en comparación de lo que ahora padecemos. ¡Dichosos aquellos que nunca supieron de las alegrías del mundo, que nunca disfrutaron en él de un día próspero y tranquilo! Locos fuimos nosotros al pensar que Dios había abandonado a los que veíamos tristes y perseguidos: ahora son los que descansan en el seno de la eternidad, coronados de gloria y de honor, rodeados de los ángeles del Paraíso. ¿Qué son ya para ellos las penas que sufrieron en vida, los desprecios y persecuciones del mundo, pues que todo esto se ha trocado en una perfecta felicidad, en perpetuas alegrías?*

¡Oh, angustia, dolor infinito, fin sin fin, muerte la más cruel de todas las muertes, muerte eterna que nunca acaba de matar! ¡Adiós, padre!; ¡adiós, madre!; ¡adiós, amigos míos, que nunca ya me alegraré con vosotros! ¡Separación terrible!, ¡cómo atormentas, cómo rompes el alma! ¡Oh rechinar de dientes, oh lágrimas, oh gemidos que de nada me serviréis! Caed sobre nosotros, montes y collados; ¿por qué no sepultáis entre vuestras ruinas a los que somos víctimas de tantas miserias?

Tiempo que pasas, ¡cómo ciegas los corazones! Todo esto me ha valido aquella mi juventud gastada en los goces de la carne y en los placeres de los sentidos. ¡Oh, vida perdida, incomprensible desventura! ¡Y ni siquiera un rayo de esperanza...!

Discíp.- ¡Oh, Señor justísimo, y severísimo juez! Mi corazón está yerto de terror, y mi alma se huye de mí, pues no puede sufrir la vista de infortunio tan grande. ¿Quién hay que no tiemble al pensar en estos tormentos tan horribles? Yo no puedo ni siquiera imaginarme a mi alma separada de Dios. ¡Oh, dolor sobre todo dolor, mal infinito, incomprensible!

¡Jesús mío!, mi único amor; tratadme en esta vida como os plazca, enviadme todas las cruces que tengáis por conveniente; pero no me abandonéis jamás. Heme aquí sumiso en absoluto a vuestra voluntad. Sólo os pido una cosa: que no permitáis que nunca pierda vuestra gracia por el pecado.

CAPITULO XVII

La gloria de los santos

Sabiduría.- No temas, hijo mío: el que está conmigo

no puede perderse. Levanta tus ojos al cielo, y mira aquel resplandor, aquella luz que guardo para los que en esta vida son perseguidos, atormentados y crucificados por mi amor.

Aquella bienaventurada ciudad toda deslumbradora con la riqueza y hermosura del oro, de las piedras preciosas y cristales finísimos; embalsamada con el aroma de los lirios, rosas y flores de una primavera eterna. Aquellos son los tronos de donde fueron lanzados los ángeles rebeldes, y los reservo para las almas afligidas, para mis amadísimas esposas.

Todos los santos que están en aquella ciudad te quieren mucho, te esperan con impaciencia, quisieran verte presto consigo y te encomiendan constantemente a Dios. Se alegran mucho con tus padecimientos, y saltan de gozo al ver que, como ellos, los sufres con gran valor. ¡Si vieras qué gloriosos aparecen con sus cicatrices, y con qué satisfacción se acuerdan de las heridas sangrientas que por amor mío recibieron en las batallas de esta vida! Ya te digo que gozan mucho de verte siempre victorioso en medio de tantas penas, tentaciones, y en medio de tanto abandono. Está cierto de que te aman con más ternura que el padre y la madre que te dieron el ser; porque la caridad de los santos sobrepuja en mucho a todos los afectos de familia. ¡Si vieras qué dulce es la compañía de los santos!

¡Feliz el alma que está predestinada a la gloria! El dote y los aderezos que doy a los míos en el cielo, es contemplar claramente todo cuanto dice la fe, y cuanto promete la esperanza; y luego poseer con paz y seguridad lo que tanto han amado. Su aureola o gloria particular será la alegría de sus trabajos y buenas obras. Los rodeo de una grande gloria, que es la luz de mi purísima esencia, y los abismos insondables de mi divinidad. Están como sumergidos en un mar de dulcedumbres. Descansan en mí por

el amor, y de tal modo se transforman en mí, que no pueden ya querer sino lo que yo quiero. En una palabra: son bienaventurados por gracia, como Dios lo es por naturaleza.

Olvídate, pues, por un momento, de tus aflicciones y de tu cruz; medita en religioso silencio estas sombras, estas nubes oscuras del paraíso, y al ver la gloria y alegría de los santos, tu alma se esforzará y no podrá menos de exclamar: ¿Dónde está ahora aquella confusión que conturbaba su corazón casto? Su cabeza ya no está humildemente inclinada ni sus ojos fijos en el suelo. ¿Qué se ha hecho de aquel despedazarse el alma, de aquellos gemidos, de aquellas lágrimas amargas, de aquellos rostros pálidos, de aquella pobreza tan áspera, de aquella sangre derramada, de aquellas heridas, de aquellas mordeduras de la murmuración, de aquellas tristezas interiores, y de aquella privación de todo consuelo, que les hacía decir: ¡Dios mío, Dios mío!; ¿por qué me habéis abandonado?

¡Oh, santos bienaventurados!: eso ha quedado de vuestros dolores, de vuestras desazones, de vuestros sufrimientos y de vuestra cruz, que en un punto pasaron. Ya no tendréis que ocultaros en los desiertos, en las cuevas o en las pequeñas celdas de un monasterio, para escapar de la malicia del mundo. Para siempre gozaréis de la bienaventuranza de los santos; y en el alborozo de vuestro triunfo, cantaréis al Señor este hermoso cántico: *¡Bendición, claridad, sabiduría, acción de gracias, honor, virtud y poderío a nuestro Dios por los siglos de los siglos!*

Acuérdate, hijo mío, de esta gloria de los santos que te han precedido, y así olvidarás tus padecimientos y no desesperarás de tu salvación.

Por el modo con que he tratado a mis siervos y amigos podrás comprender la distancia que separa a mi amistad de las amistades del mundo. Este tiene también sus molestias y penalidades; pero, aunque sus amigos fueran bas-

tante ciegos o estuvieran bastante locos para no verlas, es cierto que en virtud de mi eterna justicia, todo hombre que sigue sus caminos tortuosos, se convierte en verdugo de sí mismo, y luego muere en la desesperación, y es presa de las llamas del infierno. Mis amigos, al contrario: sufren, es cierto, tentaciones y cruces numerosas; pero viven siempre contentos con la esperanza de la gloria, gozan de la paz de corazón y de la tranquilidad de la conciencia, y aun en medio de sus aflicciones, son más felices que todos los mundanos con la falsa paz de sus placeres.

Discíp.— Dispuesto estoy, Señor, a sufrir toda clase de penas, ya que vuestras cruces son las demostraciones de vuestro amor y nadie hay más feliz que aquel a quien toca parte de vuestros dolores y de vuestra Pasión.

Callen de una vez los amigos del mundo, y los tibios nunca vuelvan a decir que maltratáis a los que son amigos vuestros. Admiren todos conmigo la bondad infinita con que lleváis por los caminos del dolor a todos los que amáis, y convénzanse, para siempre, de que es muy digno de lástima el hombre a quien Vos no probáis por el dolor durante su vida mortal.

CAPITULO XVIII

Las cruces que agradan a Dios

Discíp.— Ya que las cruces y aflicciones son tan provechosas para conseguir la gloria de los santos, decidme, Sabiduría eterna, cuáles son las cruces que más os agradan en vuestros amigos. Así yo podré desearlas y buscarlas y sobrellevarlas con alegría, considerándolas como dádivas venidas de vuestras paternas manos.

Sabiduría.— Todas las cruces y aflicciones me agradan, vengan de donde vinieren: lo mismo si provienen de la naturaleza, como las enfermedades, que si provienen de la propia voluntad, como las austeridades y penitencias, o de la violencia de las pasiones humanas, como la persecución y la calumnia. Pero con todo la condición de que el alma las sufra para honrarme y alabarme, y no desee sino cumplir en todo mi voluntad. Las cruces que me son más queridas y que juzgo más preciosas, son las llevadas con mayor alegría y con más amor.

Escucha ahora qué es lo que me mueve a someter a tantas pruebas a mis servidores, y grábalo bien en tu corazón.

Yo habito en un alma, como en un paraíso de delicias, y en manera alguna puedo permitir que ella se marche de mí, aficionándose a las criaturas... Y como quiero poseerla pura y casta, la rodeo de espinas y la acorralo con la adversidad para que no pueda escaparse de mis manos. Siembro de angustias y dolores su camino, para que no encuentre descanso en las cosas mezquinas de la tierra, y ponga toda su felicidad en el abismo de mi divinidad.

Y luego, el premio que doy a estas almas por la menor de las aflicciones que sufren por mi amor es tan grande, que bastaría para dejar satisfechos y contentos a todos los corazones mundanos.

El camino de la cruz no es ninguna novedad: ha existido siempre. Ha sido mi voluntad que en la naturaleza fuesen difíciles de obtener todas las cosas raras y grandes, y que la adquisición de la virtud exigiese muchas fatigas y muchos sudores. Si al alma no le agrada este procedimiento, y para evitarlo quiere apartarse de mí, márchese enhorabuena: libre la he creado, y no seré yo quien violente su libertad. ¡Qué ciertas son las palabras de mi Evangelio: *Son muchos los llamados, pero pocos los escogidos!*

Discíp.— Reconozco que vuestras cruces son las dádivas de vuestra Sabiduría, y prendas de la eternidad: pero al menos que no sean muy pesadas ni demasiado grandes para la debilidad de las fuerzas humanas. Vos, Señor, conocéis, todas las cosas, pues todas las habéis ordenado en número, peso y medida, y sabéis que mis penas son verdaderamente aplastantes. No creo que persona humana haya sido sometida a pruebas tan duras como yo: ¿Cómo queréis que resista?

Si fuesen cruces ordinarias, fácilmente podría llevarlas con paciencia; pero estas son cruces tan nuevas y tan extraordinarias, que me apenan el alma.

Sabid.— El enfermo en medio de sus dolores piensa siempre que no hay sufrimiento mayor que el suyo, y el hombre imagina siempre que ningún mortal le iguala en la miseria. Si a ti te hubiera enviado otra cruz, hablarías exactamente lo mismo que hablas ahora. Anímate, y demuestra tu valor y tu generosidad. Entrégate por completo a mi voluntad; acepta con resignación todas las cruces que te envíe sin recusar ninguna; y ya sabes que quiero tu bien, y que nadie como mi Sabiduría conoce perfectamente lo que te conviene.

Ya has debido observar por experiencia, que todas las cruces que te he enviado, sean cuales fueren, te han elevado, te han unido a mi divinidad más íntimamente y más fuertemente que no las cruces voluntarias que tú has escogido.

CAPITULO XIX

Las ventajas del sufrimiento

Discípulo.— Se dice fácilmente, Señor, que es preciso sufrir con resignación todas las cruces: la dificultad está en cumplirlo. Y por lo que a mí toca, mi aflicción es tan intensa que me temo que caeré vencido.

Sabiduría.— Si no fuese penosa, la aflicción no sería aflicción. Precisamente lo bueno que hay en la cruz es el poder sobrellevarla con resignación y a ti nada tiene de particular que tanto te pese, siendo así que tan poco la amas. Amala, y verás como la llevas fácilmente; porque la cruz amada y deseada por honra mía se hace más ligera y aún apenas si se siente.

Si te vieras inundado de consuelos y de espirituales dulzuras, si los beneficios del cielo te abrasasen en amor, no sacarías tanto provecho como de sufrir las sequedades y tribulaciones que te envío. Estas penas que te agobian el alma son las que atraen sobre ti mis tiernas miradas, y te dan derecho a una magnífica y extraordinaria recompensa.

Vive siempre tranquilo, con la seguridad de que estando al abrigo de la cruz no te perderás, y de que antes caerán en pecado diez almas de las que disfrutaban de las delicias de la gracia, que una sola de las que gimen sumidas en la aflicción. Y esto porque el enemigo no tiene poder alguno contra los que amorosamente padecen y lloran bajo el peso de la cruz.

Aún cuando fueses el hombre más sabio del mundo y el más eminente teólogo de mi Iglesia, aún cuando hablasen de Dios con el lenguaje de los ángeles serías menos santo y menos digno de mi amor que una pobrecita alma que vive sometida a las cruces que le deparo.

Mis desgracias las concedo a los buenos y a los malos; pero mis cruces las reservo solamente para los elegidos para los predestinados. Según esto, compara bien el tiempo y la eternidad, y dime si no sería preferible arder en vivas llamas en un horno encendido, antes que verse privado de la más insignificante de las cruces que yo pueda o quiera enviarte. ¿No es eterno el galardón con que son remuneradas las aflicciones sufridas generosamente?

Discíp.— ¡Jesús dulcísimo! Vuestras palabras son como una música deliciosa para las almas atribuladas. Si las oyese muchas veces, paréceme que viviría más contento, con más libertad, y con más esfuerzo para llevar las cruces que os dignéis enviarme.

Sabid.— Escucha, pues, hijo mío, la música armoniosa del dolor, las melodías de los corazones atribulados, y los cánticos de las amas que sufren. Verás que hablan como yo.

El mundo rehusa el dolor y desprecia a los que lo sufren, mientras que yo los bendigo y los coronó. Los atribulados son mis amigos más queridos, los más amables, los más semejantes a mi humanidad.

La aflicción separa al hombre del mundo y lo aproxima al cielo, y cuanto más abandonada se ve el alma, de los servidores del mundo, tanto más yo la elevo y la hago divina. De la cruz dimana la humildad, la pureza de conciencia, el fervor del espíritu, la paz y tranquilidad del alma, la sabiduría, el recogimiento, la caridad y todos los bienes que vienen con ella. La cruz es un don tan precioso, que por ti mismo no serías capaz de conseguirlo, aunque estuvieses años y años postrado en tierra en mi presencia, pidiéndome con insistencia que te permitiese sufrirla.

La aflicción es un tesoro para los pecadores, para los penitentes, para los que comienzan y para los perfectos. Es un purgatorio de amor, que limpia al alma del pecado y la libra del castigo. Dame un alma afligida que alabe y

bendiga a Dios en sus trabajos y penas, y el infierno todo huirá de ella lleno de pavor.

La cruz tiene tal fuerza, tal virtud, que llega a atraer y cautivar a quien la lleva. ¡Cuántos hombres se habrían condenado si yo no los hubiera crucificado!

Mayor cosa es conservar la paciencia en el tiempo de la adversidad, que resucitar a un muerto. La paciencia es una hostia viva, perfume de un aroma deliciosísimo ante su Divina Majestad; es un sacrificio tan necesario para la glorificación del alma, que antes me decidiría a crear nuevas cruces y nuevas tribulaciones, que ver privados de ellas a mis amigos queridos.

Es muy cierto que el camino de la cruz es estrecho y dificultoso; pero no hay que olvidar que conduce a las puertas del cielo, a la gloria de los santos, al triunfo de los mártires, y que al final del recorrido, las almas atribuladas, transportadas ya por la alegría de su victoria, cantan a Dios un cántico nuevo que ni los ángeles pueden repetir, porque no han llevado nunca la cruz.

Discíp.— Bien veo, Señor, que sois la Sabiduría Eterna, que con tanta claridad hacéis que luzca en mi alma vuestra verdad, y habéis ahuyentado de mí toda sombra de duda.

Yo os bendigo desde lo más profundo de mi corazón, y os doy gracias por todas las cruces pasadas y presentes que me habéis enviado con infinito amor y ternura, para mayor bien de mi alma.

CAPITULO XX

Utilidad de meditar la Pasión de Cristo

Discipulo.— No podría explicar, Jesús dulcísimo, cuán-

to me ha consolado en mis penas y angustias el pensamiento de vuestra santísima y amadísima Pasión.

Recuerdo que un día me sentía triste, abandonando, destituido de todo consuelo interior, y con tal sequedad de espíritu que no podía ni leer, ni orar, ni meditar, ni estudiar. Me retiré a un rinconcito de mi celda, y juntando las manos sobre el pecho me determiné de no salir de allí, pues era cosa vista que no podía de ningún otro modo honrar y glorificar vuestro santo nombre.

De repente, escucho vuestra voz, que me decía: Levántate, amigo mío, y mírame crucificado. Piensa en lo mucho que por ti he sufrido, y así olvidarás tus propias angustias.

Entonces me levanté, medité y lloré en vuestra presencia, y me vi libre de todas mis penas y de toda mi sequedad. Y luego yo pensaba cuánta razón tenía vuestro apóstol Pablo cuando prefería la ciencia de la cruz a la visión sublime que tuvo de vuestros misterios, y cuando decía: *No quiero saber otra cosa que a Jesucristo, y a éste crucificado.* Y también me acordaba de aquello que San Bernardo, con su dulcísimo lenguaje, decía a los religiosos: *Hermanos míos muy queridos: amad la Pasión de Jesucristo. Cuando me convertí al Señor hice un ramillete con todos los sufrimientos de mi Redentor, y siempre lo llevo en mi alma para mejor poder contemplar su crucifixión.*

En estos recuerdos dolorosos consiste la verdadera sabiduría del corazón, y en ellos descubro la perfección de la santidad, la plenitud de la ciencia, el tesoro de la salvación, la riqueza de méritos, el cáliz de la paz, el bálsamo del consuelo, la constancia e igualdad de ánimo en todas las cosas, ya prósperas ya adversas.

Meditar la Pasión es desquitarme de mis culpas, ganarme la voluntad de mi juez, y calmar mi espíritu.

Cuando miro la Cruz, ando con toda seguridad a tra-

vés de los peligros de este destierro, y ni siquiera pregunto, como la esposa de los Cantares, donde está mi Amado, puesto que lo llevo siempre en mi corazón, en donde come al mediodía, puesto que lo contemplo siempre puesto en la Cruz.

Sí; mi mejor filosofía es saber a Jesús a Jesús crucificado.

Pero atended, Señor, a mis habituales amentos Yo nada estimo tanto como vuestra Pasión, y quiero meditarla sin cesar, y llorar con lágrimas amargas...; y a pesar de todo, estoy tan seco y árido, que no hay en mí un solo suspiro ni un acto de reconocimiento por tantos dolores y sufrimientos vuestros, que se merecen una compasión infinita. Enseñadme, Sabiduría Eterna, enseñadme a meditarlos.

Sabiduría.— Mi Pasión no debe meditarse a la ligera y como por rutina; sino con gran detenimiento, profundidad y penosas consideraciones. El paladar no puede saborear cumplidamente un bocado tragado precipitadamente, y lo mismo, poco puede apreciarse de mi Pasión por sola una consideración hecha sin amor y a disgusto.

Si no puedes llorar al considerar los tormentos de mi Pasión, al menos alégrate por los inmensos beneficios que ella ha traído a tu alma y al mundo entero. Y si sumido en la sequedad, no puedes ni llorar ni alegrarte, entonces persevera animosamente, insiste en el pensamiento de mis dolores todo lo que puedas, y está seguro todo lo que puedas, y está seguro de que estos esfuerzos me serán más gratos que todas las lágrimas y que todo el fervor que de otro modo pudieras tener. Harás un acto de virtud vencíendote a ti mismo por mi amor, y me habrás dado una muy valiosa demostración de tu cariño.

Discíp.— Y ¿qué ha de hacer un pecador como yo, para purificarse, y prepararse a la meditación de vuestros dolores, y poder aplicarse vuestros méritos?

Sabid.— Lo que debe hacer es:

1º. Llorar amargamente en su corazón los pecados que ha cometido contra su Padre celestial, pensando bien la multitud, malicia y gravedad de los mismos.

2º. Convecerse de que por si mismo nunca podrá expiar sus pecados; porque las más penosas austeridades son nada comparadas con ellos, lo que es una gota de agua comparada con la inmensidad del Océano.

3º. Alabar y bendecir la omnipotencia de mi Pasión, pues una sola gota de mi sangre bastaría para borrar los pecados de mil mundos.

4º. Aplicarse a sí mismo los méritos de esta Pasión uniéndose a ella de corazón y compadeciendo mis dolores.

5º. Unir este dolor, pequeño y débil, a los dolores míos que fueron grandes sin límites e intensos sin medida; y luego mezclar humildemente la gotita de esta insignificante penitencia, al mérito infinito de mi satisfacción por los pecados del mundo, confundiendo sus pequeños sufrimientos con mis penas infinitas.

CAPITULO XXI

La muerte con Jesucristo

Discípulo.— Habéis sido tan bondadosa, dulcísima y adorable Sabiduría, que me habéis hecho ver los dolores y tormentos que sufrísteis en vuestro cuerpo cuando estabais colgado de la Cruz, en las angustias terribles de una muerte infame. Decidme ahora, os lo suplico, lo que sucedía cerca de la Cruz, si había alguien que se compade-

ciese de vuestro dolor, y lo que hicisteis con vuestra atribulada madre.

Sabiduría.— Oye una cosa muy digna de llorarse. Expiraba yo sobre la Cruz, y los verdugos que me rodeaban hacían burla de mi divinidad, de mis milagros y de todas mis obras. Me cubrían de salivazos, de injurias, de blasfemias; me despreciaban y vilipendiaban como si fuese yo un gusano de la tierra y el oprobio del mundo entero...; y sufrí con gran esfuerzo todos estos insultos, llorando la pérdida de sus almas, y ofreciendo al Padre mi sangre por su salvación. Para atraerlos y convertirlos, usé de mi misericordia con el ladrón que estaba a mi derecha, y le prometí el Paraíso.

Y yo, que de esta manera era el dispensador de la gloria, estaba abandonado de todos, desnudo, plagado de heridas sangrientas, sin un alma que me sirviese de alivio, me consolase, auxiliase, o al menos me reconociese; pues todos mis discípulos y mis amigos habían huído. Sólo veía a mi queridísima Madre, sabía muy bien que Ella padecía en su tierno corazón todos los tormentos que yo padecía en mi cuerpo, y era para mí un nuevo dolor el ser testigo de su angustia, y el oír sus lastimeros acentos. No tuve para Ella otro consuelo que encomendarle a mi discípulo amado.

Discíp.— ¿Quién pudo entonces contener en su pecho las lágrimas y los gemidos? ¡Oh luz del cielo, Verbo divino, Sabiduría admirable, Cordero de Dios, que eres la pureza mismal; icon cuánta crueldad no fuisteis tratado por aquellos lobos tragadores, por aquellos tigres hambrientos! Si me hubiera encontrado presente, y a pesar de mi indignidad hubiera podido morir por Vos, por Vos y con Vos hubiera muerto. Y si no se me concedía este honor, me hubiera derribado al pie de vuestra Cruz, y me hubiera adherido a la roca que la sustentaba, y cuando llegasteis a exhalar el último aliento, mi corazón se hubiera despedazado de compasión y de amor.

Sabid.— La Justicia Divina me había condenado a muerte a mí solo, y solo Yo debía ser clavado en el madero de la Cruz, y solo Yo debía beber el cáliz doloroso de mi Pasión por la salvación de los hombres. A ti te toca seguir mis huellas, renunciar a ti mismo, tomar tu cruz y seguirme, y tu sacrificio me agradará lo mismo que si conmigo hubieras muerto sobre la cima del Calvario.

Discíp.— ¡Señor!: pronto estoy a morir por Vos, que no es justo que yo disponga de mí mismo, después que Vos habéis muerto por mí. Mostradme, Sabiduría divina la cruz que me señaláis y cómo he de morir con Vos.

Sabid.— Haz todo el bien que puedas. Y si te encuentras con que tus acciones son juzgadas torcidamente, si se burlan de ti, si te llenan de injurias y maldiciones, si llegan a tratarte como un hombre vil y despreciable, esfuérzate por permanecer tranquilo y conservar la paz de tu corazón.

Sufre las persecuciones con valor y con humildad, sin pensar siquiera en defenderte; ora por tus enemigos con amor, y por caridad procura excusarlos ante la presencia de tu Padre, que está en los cielos. De este modo morirás por amor sobre la cruz, mi muerte se reproducirá en la tuya, y tu paciencia será una nueva flor que brotará de mi Pasión.

Si a pesar de tu inocencia y de tu pureza, eres considerado como un impío, sufre con alegría esta nueva afrenta y si tus enemigos quieren al fin excusarse y te piden perdón, perdónalos con gran presteza y con gran amor, como si nunca te hubieran molestado lo más mínimo; y después, procura hacerles bien y darles pruebas de tu cariño con tus actos y palabras. Entonces será cuando de verdad te habrá cabido parte de mi cruz, y habrás imitado aquella bondad mía que me inducía a perdonar las injurias y las crueldades de mis verdugos.

Si renuncias a las amistades y conversaciones de los

hombres, al bienestar y a los consuelos de la tierra por mientras te dure la vida, esta renuncia y esta privación serán en ti lo que en mí fue la soledad en que me vi en el Calvario cuando me abandonaron todos los míos.

Si por mi amor desarraigas de tu corazón todos los afectos inútiles y, sobre todo, aquellos que pudieran alejarte de mi servicio, me serás grato a la manera de San Juan, mi discípulo amado, que permaneció fiel al pie de la Cruz.

Si conservas tu corazón puro y limpio de toda afec-
ción terrena, tú serás el que me vestirás y cubrirás mi desnudez.

Pero sobre todo, en las injurias y violencias de tus enemigos no te defiendas, no resistas; sino permanece en silencio, como un cordero, sufriendolo todo con paciencia y resignación, sin que tu corazón ni tus palabras ni tu rostro dejen escapar el menor asomo de inquietud o de ira. Procura triunfar de la dureza y malicia de tus enemigos por la dulzura y la humildad.

Sólo así llevarás en ti una fiel imagen de mi muerte; sólo así, grabando bien en tu alma mi Pasión dolorosa, meditándola, recordándola en tus oraciones, imitándola en tus obras, te acercarás a mis sufrimientos e imitarás la fidelidad de mi casta Madre y de mi amado discípulo.

Discíp.— ¡Oh, Sabiduría omnipotente! Grabad sobre mi espíritu y sobre mi cuerpo, quíéralo yo o no lo quiera, este verdadero retrato de vuestra muerte, para que así glorifique yo vuestro santo nombre.

CAPITULO XXII

Propósitos de Cristo en la Cruz

Discípulo.— ¡Oh, Sabiduría dulcísima, Reina y Señora mía! Enseñadme ahora lo que en aquellos momentos ocupaba vuestro corazón y vuestra alma; hacedme conocer los sentimientos que abrigasteis sobre la cruz. Seguramente que recibiríais muchos consuelos del cielo, y seríais especialmente fortificado, como lo fueron los mártires en sus tormentos. La asistencia de vuestro Padre celestial os haría más tolerables vuestros suplicios.

Sabiduría.— Si atroces eran los dolores de mi cuerpo, más aún lo eran los que en el alma padecía. Con la parte más noble de mi espíritu, contemplaba la divina esencia, lo mismo que ahora en el cielo la contemplo; pero todas las potencias y facultades interiores de mi alma estaban sumidas en la desolación y en el abandono, y llegué a sentir congojas que nadie ha sentido nunca, ni sentirá jamás.

Mi cuerpo, colgado de la cruz y cubierto de heridas que manaban sangre. Mis ojos, cegados por las lágrimas. Todos mis miembros, descoyuntados... Cercábanme angustias de muerte..., y como ni del cielo ni de la tierra recibía algún consuelo, exclamé con voz lamentosa: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me habéis abandonado?* Sin embargo, mi voluntad estaba inquebrantable, y del todo conforme con la Justicia divina, que sobre mí descargaba sus rigores.

Cuando se hubo agotado toda la sangre de mis venas, y la falta de fuerzas me puso en la agonía, entonces sentí una sed ardentísima que me obligó a decir: *Tengo sed.* Pero la verdad es que mayor era todavía la sed que tenía de padecer y de salvar almas. Y cuando hube terminado

cuanto tenía que hacer por la salvación de los hombres, entonces exclamé: *Todo se ha acabado*. Ya había sido obediente hasta la muerte. Entregué mi espíritu en las manos del Padre, y mi alma se separó de mi cuerpo.

Después de mi muerte, una lanzada abrió mi costado derecho, del cual salieron raudales de sangre y una fuente de agua viva.

Ahí tienes, amigo mío, lo que por tus faltas y por las de los escogidos he padecido. El sacrificio eficaz de mi sangre inocente te ha rescatado de la muerte eterna que tenías merecida.

Discíp.— ¿Qué gracias daré a vuestra Majestad por amor tan grande?: ¿cómo podré corresponder a vuestra Pasión dolorosa? Tuviera la fortaleza de Sansón, la sabiduría de Salomón, las riquezas de todos los reyes de la tierra, y todo lo dedicaría a vuestro servicio: pero nada tengo, nada soy, y sin embargo, quisiera mostraros mi agradecimiento.

Sabid.— No bastan para alabarme cumplidamente todas las lenguas de los ángeles, ni todos los corazones humanos juntos son capaces de agradecerme debidamente el menor de los sufrimientos que por ellos he padecido.

Discíp.— Tendré pues que resignarme a vivir siempre en deuda con Vos. Enseñadme al menos qué he de hacer para agradaros y servirlos.

Sabid.— No apartes nunca tus ojos de mi Cruz y complaciéndome tiernamente, graba bien en tu corazón los dolores que encuentres más crueles en mi Pasión. Cuando te llegue la hora de padecer, padece conmigo; y si no te consuelo en tus aflicciones, y te dejo en la sequedad y en el abandono, como yo lo estuve sobre la Cruz, líbrate de buscar los consuelos humanos: lo que has de hacer es dirigir a Dios tus oraciones y tus gemidos.

A ejemplo mío, abandónate por completo en la voluntad de tu Padre, que está en los cielos; y así, cuanto

más apretado te veas en tu interior, tanto más agradable serás a los ojos de Dios, y más te asemejarás a mí sobre la Cruz. Es el modo que tengo de probar bien a los que son míos.

Cuando sientas necesidad de consuelo y auxilio, violenta tu corazón y renuncia a ellos generosamente, para que esta tu sed esté amargada con hiel y vinagre. Está siempre afanoso por la salvación de las almas, y trabaja por ellas cuanto puedas durante toda tu vida. Obedece con prontitud a tus superiores. Conserva tu alma desapegada de toda alegría, y ponte en las manos de Dios como te pondrías si fuera llegado tu último momento.

De esta manera te unirás a mi Cruz, y sobre todo aprenderás a esconderte en la abertura de mi costado y en la llaga que el amor ha hecho en mi corazón. Yo te lavaré con el agua que de ella mana, te hermosearé con la púrpura de mi sangre, te uniré a mí con lazos disolubles, y nuestros espíritus el mío y el tuyo, se unirán para siempre en una unión eterna.

CAPITULO XXIII

Normas de la vida interior

Discípulo.— ¡Oh, excelsa Sabiduría! Todo el imperio del mundo no bastaría para darme la felicidad que siento en mi alma al escuchar vuestras lecciones admirables. Ahora tenéis que decirme, os lo suplico, qué es lo que he de hacer para evitar el pecado y llegar a la perfección.

Sabiduría.— Voy a darte en pocas palabras las normas de una vida pura y perfecta.

Vive separado y aun alejado de los hombres.

Desembarázate de las preocupaciones y de los vaivenes de las cosas de la tierra; y despidete de ti cuanto pueda turbar la paz de tu corazón, ganarse su afecto y sumirlo en las inquietudes del mundo, de la carne y de la naturaleza.

Levanta tu espíritu a las regiones de una santa contemplación, en la cual encontrarás el objeto eterno de todos tus pensamientos.

Haz que todos tus ejercicios espirituales, las vigiliass, los ayunos, la pobreza, las penalidades de la vida, las mortificaciones de la carne y de los sentidos, todo se encamine a este fin y no los practiques sino en cuanto pueden moverte y ayudarte a la presencia de Dios.

Haciendo esto te encumbrarás a una perfección que muy pocas almas consiguen, porque la mayor parte de los cristianos se piensan que todo ha de consistir en prácticas exteriores, y así les sucede que se afanan años y años, sin adelantar un paso, y quedan siempre donde estaban, siempre lejos de la perfección verdadera.

Discíp.— Y, ¿quién será capaz, Señor, de tener siempre fijos los ojos del alma en vuestra divinidad, y de perseverar sin interrupción alguna en esta contemplación tan sublime?

Sabid.— Ningún mortal, es cierto. Pero te digo todo esto para que te animes, y hagas cuanto puedas por conseguirlo, para que lo desees, para que esto sea la norma primera de todos tus ejercicios espirituales, y para que en ello pongas todo el empeño de tu corazón y todas las fuerzas de tu espíritu.

Cuando notes que te apartas de este camino y que te distraes de la contemplación, piensa que te estás privando de la misma bienaventuranza; vuelve de nuevo sobre tus pasos, y vela constantemente sobre ti para no apartarte nunca de la presencia de Dios.

Cada vez que te distraigas de tu camino y andes a la ventura, serás como un barquero, que en medio de una

tempestad horrible ha perdido los remos y el timón; no sabe donde está, ni hacia donde camina, ni cómo ha de guiar su barquilla.

Si no puedes estar siempre fijo en la contemplación de mi divinidad, procura al menos no alejarte de ella, por medio del recogimiento y de la oración; y tus esfuerzos por andar siempre en la presencia de Dios te afianzarán en el amor divino, en cuanto es posible en este mundo.

Escucha atento, hijo mío, mis lecciones, que no engañan a nadie; escríbelas en lo más profundo de tu corazón, y acuérdate siempre del amor que me las ha dictado. Si de verdad quieres adelantar en la virtud, cuida de que nunca se borren de tu espíritu, que las tengas presentes en todo momento, en la paz y en la turbación, en el trabajo y en el descanso; y te aseguro que en ellas encontrarás siempre las luces y los tesoros de la Sabiduría.

¡Hijo mío!: Encarga a Dios del cuidado de tu alma, y procura no descuidar tu interior ni salirte de ti mismo.

Sé siempre puro, dando de mano a todas las preocupaciones que no sean verdaderamente necesarias.

Levanta tus pensamientos hasta el cielo, y fíjalos en Dios; y cada vez te sentirás más iluminado, y conocerás el Bien soberano aún en medio de la ignorancia y del alejamiento en que ahora vives.

Discípulo.— ¡Cómo os he de agradecer, oh Sabiduría sublime!, las enseñanzas que con tanta bondad y con tanta dulzura comunicáis a mi alma? No olvidaré jamás vuestras palabras; sino que ellas serán la regla única y la única fuerza de mi vida. Yo así lo deseo y así lo quiero.

CAPITULO XXIV

Una muerte inesperada

A) El desengaño

Discípulo.—¡Dulcísimo Jesús! No os sean molestas mis súplicas; pero desearía que ahora me enseñáseis a morir a mí mismo y a todas las cosas creadas, a vivir sólo para Vos, a amaros, a alabaros con todas mis fuerzas, a recibirlos dignamente y humildemente en el Santísimo Sacramento del altar. ¡Dichoso mil veces el que sabe servirlos como os merecéis! Ya que tantas veces me habéis exhortado a morir con Vos en la cruz, decidme de qué muerte habláis, si de la corporal o de la espiritual.

Sabiduría.— De las dos.

Discíp.— La muerte corporal bien se conoce cuando se aproxima, y además, no se necesita saber mucho para sufrir esta ley de la naturaleza.

Sabid.— Están en un error muy grave los que dejan el aprender a morir para el momento mismo de la muerte. Nadie aprende a morir sino pensando en la muerte misma.

Discíp.— Pero es muy triste pensar en la muerte y además muy penoso y cruel.

Sabid.— Estás aún tan ciego, que ni observas que los hombres están muriéndose sin cesar. ¡Cuántos no desaparecen cada día de las ciudades y de los conventos!; ¡cuántos se mueren repentinamente! Y no reparas en que dentro de poco tiempo tú también morirás, como muere todo el mundo. Abre, pues, los sentidos de tu alma, y escucha los lamentos de un joven que muere cuando menos lo esperaba.

El moribundo.— ¡Ay de mí!; ¡iqué desgraciado soy!

¿Para qué nacería? Vine al mundo entre gemidos y lágrimas, y salgo de él entre alaridos y angustias. Me han rodeado los dolores de la muerte, y me asaltan los peligros del infierno. ¡Oh, muerte horrible!, ¿por qué vienes a segar mi juventud?; si nunca me he acordado de ti, ni jamás te he llamado, ¿por qué me acometes tan brutalmente. Ya estoy maniatado con tus cadenas, como un criminal conducido al patíbulo.

Golpeome la cabeza con el furor de la desesperación, y la ira me devora. Ya no hay para mí ningún remedio ni ninguna esperanza; sólo escucho el lenguaje de la muerte, que me dice:

«¡Desgraciado!, debes morir. No puedes escapar, porque no habrá quien te liberte de mis manos. Tus padres, tus amigos, riquezas, ciencia, poderío, de nada te sirven: te ha tocado la vez y vas a dejar la vida.»

Me voy, pues, a morir. No hay apelación posible. Me separaré de este cuerpo al que tanto amé. ¡Oh muerte, muerte!

Discíp.— ¿Por qué te afliges, amigo mío? No sabes que la muerte alcanza a todos, lo mismo a los pobres que a los ricos lo mismo a los jóvenes que a los viejos? Aún mueren más jóvenes que ancianos ¿Te crees que ibas a ser tú el único que escapases de la muerte? Esto sería una locura.

Moribundo.— ¡Vaya un consuelo que me das! ¿Por qué me dices cosas tan duras y tan amargas? Lo que yo decía es, que quien vive sin prepararse para morir, y llega a este trance sin temerlo, es un ciego y un loco, muere como un bruto, porque no sabe los peligros que le amenazan. No me quejo de la muerte, sino de morir de repente y sin preparación. He de someterme a una necesidad de la naturaleza para la cual no estoy dispuesto. Y así no lloro tanto la pérdida de la vida cuanto los días que he empleado en fiestas y placeres, días que bien pude utilizar para provecho de mi alma.

Soy ahora como una flor caída y marchita, como un aborto que no ha llegado a la vida.

Mi tiempo ha pasado como la flecha lanzada por un arco bien templado y mi vida desaparece en el olvido y en la nada.

Mis palabras están llenas de amargura y la fuerza de mis dolores llega hasta apagar mis gemidos.

¡Sí, sí, desventurado de mí! ¡Si pudiera volver a mis días primeros y recobrar el tiempo pasado!, ¡si al menos hubiera conocido de antemano el estado en que ahora me encuentro! Desprecié el tiempo gastándolo en cosas inútiles: se pasó, y no volverá. ¡Qué desgraciado soy! Una sola de aquellas horas fugitivas me sería más estimable que todo el imperio del mundo; y ahora no me queda más que llorar su pérdida, sin que todas mis lágrimas puedan recuperarme un solo momento. ¿Por qué no emplearía bien el tiempo que se me dio para bien morir?

¡Oh vosotros jóvenes!, que estáis en la primavera de la vida poseedores de años ricos, y sonrientes, ved mi desgracia, y con mi ejemplo aprended a servir a Dios, no sea que algún día os suceda lo que a mí me sucede en este trance.

¡Oh juventud mal gastada, años hermosos perdidos en el pecado! No hacía caso de los consejos de mis padres y amigos, no quise abandonar mis placeres; y cuando menos lo pensaba he caído en las garras de la muerte.

¡Ojalá que hubiera muerto en el vientre de mi madre! y así no tendría ahora que llorar el abuso del tiempo y la pérdida de mi vida.

Discíp.— ¡Hermano mío!: vuélvete a Dios por medio de un arrepentimiento sincero de tus pecados, y así acabarás bien, se remediará todo, y te salvarás.

Moribundo.— Eso es imposible y absurdo. ¿Cómo quieres que haga penitencia y me convierta a Dios en el momento de morir? Estoy lleno de angustias y terrores,

soy un pajarito, más muerto que vivo, entre las garras del gavilán. No puedo pensar más que en escapar de la muerte que me espera y veo que esto no puede ser, porque ya me apresa, ya me hiere; y luego mi alma abandonará mi cuerpo.

¡Ay de mí!; ¿por qué no me convertiría al Señor cuando disfrutaba de salud?: ahora moriría tranquilo y feliz. Todos los que se apartan de Dios y no quieren convertirse cuando tienen ocasión, muy bien merecen el no poder hacer penitencia en el momento de su muerte y yo lo diferiré de un año a otro, de un día a otro día y ahora me condenaré con todos mis buenos deseos y con todas mis vanas promesas.

Mi mayor pesadumbre es el haber vivido los treinta años de mi vida sin haber dedicado un solo día al servicio de Dios, y sin haber hecho una sola acción que pueda agradarle: este es el más acerbo de mis remordimientos. ¡Qué vergüenza y qué confusión me esperan cuando me presente ante la Majestad terrorífica de Dios y en presencia de toda la corte celestial!

Voy a expirar. Una sola *Avemaría* que pudiese rezar con devoción la estimaría en más que todo el oro del mundo. ¡Ay, Dios mío: ¿qué tesoro de bienes me he perdido por no aprovechar bien el tiempo ¡y en qué abismo más hondo me han precipitado mis placeres! Ahora estaría sumamente contento si hubiera huído las amistades mundanas en el tiempo de mi juventud. Con sólo absterme de una mirada deshonesto o impúdica por amor de Dios, hubiera merecido para mi alma más que si ahora alguna alma buena ofrece por mí al Señor treinta años de oraciones fervorosas.

Todos los que tenéis que morir, escuchad una cosa espantosa. Yo me muero, y como ningún mérito poseo, imploro el auxilio de los hombres virtuosos para que con sus méritos satisfagan por los pecados de mi vida, y todos

me rechazan, porque todos temen que el aceite de sus lámparas no sea suficiente para su propia salvación. Y yo, que pude enriquecerme cuando estaba sano, vanamente solicito una limosna espiritual que me obtenga, no ya alguna reconciliación con la divina justicia o al menos una rebaja de mis deudas.

Aprended de mí todos, jóvenes y viejos; aprended a enriqueceros durante esta vida con gracias y méritos: no fiéis con que a la hora de la muerte podréis mendigar los méritos de los demás, porque no encontraréis quien pueda y quiera socorremos.

* * *

B) Los consejos

Discíp.— Tus angustias y tus lamentos me desgarran el corazón Tu desgracia me hace pensar en mí mismo. Te conjuro por Dios vivo que me digas qué he de hacer ahora que estoy sano, para no verme en el duro trance en que tú te encuentras.

Moribundo.— Lo primero que debe hacer todo hombre prudente y sabio, es confesar diligentemente y con gran dolor sus pecados; y después estar dispuesto a morir cada semana y ca da día.

Imagínate que tu alma ha sido condenada en el Purgatorio a diez años de penas y tormentos, que sólo tienes un año de tiempo para poder interesarte por ella y librarla de las llamas, y que oyes su voz lastimera que te dice: ¡Oh mi amigo fiel!; tiéndeme una mano compasiva, y sácame de estas llamas acerbadas. Soy muy desgraciada, estoy muy triste, desolada, y no tengo a nadie en el mundo que pueda ayudarme más que a ti. Todos me han olvidado, porque cada uno no busca sino lo que a él le interesa.

Discíp.— Tus consejos son muy buenos y provechosos,

y es claro que si los hombres viesen las cosas como tú ahora las ves, no podrían menos de impresionarse vivamente. Pero los mundanos no lo piensan. Tienen oídos y no oyen, tienen ojos y no ven. Nadie piensa en la muerte mientras duran la salud y el bienestar: para este pensamiento se reserva solamente el momento de morir.

Moribundo.— Y cuando les hieran las flechas de la muerte, entonces darán grandes gritos y gemidos, y el cielo y la tierra se le mostrarán del todo insensibles. Es muy triste. De cada cien cristianos que viven en el mundo o en el claustro, apenas si a uno solo llegarán a impresionar fructuosamente mis palabras, de modo que cambie de conducta; y por consiguiente, de cada cien cristianos, apenas si encontrará uno que muera bien dispuesto.

Casi todos llegan al trance de la muerte sin haber meditado su fin último; casi todos atraviesan el último momento sin reconocerse, sin arrepentirse, sin hacer penitencia; porque el orgullo de la vida, y los placeres corporales, y el amor de las cosas de aquí abajo, y la preocupación de los intereses materiales, todo contribuye a mantenerlos en su gran ceguera.

Si con los pocos quieres evitar las terribles consecuencias de una muerte imprevista, oye mis consejos.

Piensa constantemente en la muerte, e imagínate que tu alma está ya ardiendo en las llamas del Purgatorio. Las oraciones y obras buenas que hagas para rescatarla, calmarán el miedo que tienes a la muerte, y acabarás por desecharla y esperarla con amor.

Procura que tus meditaciones sean lo más frecuentes y lo más serias posibles.

Graba bien en tu espíritu mis palabras, y no olvides nunca las instrucciones que te he dado, estando ya en las convulsiones de la muerte y en la obscuridad de la última de mis noches.

¡Cuánto debe a Dios el que llega bien preparado a la

hora terrible de la muerte! Abandona la tierra para ir al cielo, y no tiene por qué sentir las amargas de la última hora.

* * *

C) La partida

¡Ay, Señor mío!; ¿cuál será el paradero, el refugio de mi alma, en las regiones desconocidas de la otra vida? Ya siento que todo me abandona, y que mi alma va a sufrir con tantas otras almas que han caído en las llamas de vuestra justicia. ¿Cuál será el amigo verdadero y abnegado que me pueda auxiliar?

Basta, basta de gemidos: ha llegado la hora de la partida. Me muero. No puedo continuar un momento más. Mis manos están yertas, mi rostro lívido, mis ojos oscurecidos. Me oprimen las angustias de la muerte, y ya apenas si puedo respirar. El mundo se me va, su luz me falta: y ya entreveo la otra vida. ¡Qué horror! ¡Rodeado de fantasmas horripilantes, amenazado por los diablos del infierno que están furiosos y dispuestos a todo por apoderarse de mi alma...!

¡Oh Dios!, ¡oh justicia!: ¡qué severos son vuestros juicios y con qué rigor aquilatáis las faltas más insignificantes! Todo mi cuerpo está bañado por un sudor frío. ¡Oh rostro airado de mi Juez! Ya veo las llamas del Purgatorio que atormentan a las almas y las agitan como centellas, mientras ellas exclaman lamentosamente: «¡Ay, ay, qué suplicios más atroces padecemos!: nadie podrá convenirse de la multitud y terribilidad de nuestras penas. ¡Oh, vosotros los que aun tenéis vida!; ayudadnos en nuestra desgracia y en nuestra desolación. ¿Dónde están ahora los recuerdos de la amistad? Sin duda que sus promesas fueron engañosas, porque ahora nos ha dejado abandonadas

y olvidadas. ¡Compadeceos, compadeceos de nosotras, al menos vosotros los que en vida nos fuisteis amigos. Nosotras os hemos querido, hemos hecho por vosotros cuanto ha estado a nuestro alcance, y ¿así pagáis nuestros favores? ¿No tendréis para nosotras ni un poquito de compasión? Mirad que nuestros suplicios son más atroces que los de los mártires, y que en sola una hora sufrimos más de lo que en el mundo puede sufrirse en cien años. ¡Cuánto mejor nos hubiera valido precaver estas llamas y estos tormentos! ¡Oh llamas crueles!, ¡oh privación de Dios, más cruel todavía!

Ya estoy sumida en los horrores. Ya no tengo fuerzas. Me muero...

* * *

D) El pensamiento de la muerte

Discíp.— ¿Dónde estáis, Sabiduría divina?; ¿me habéis abandonado? ¡Cómo me ha espantado, Jesús mío, el espectáculo de esta muerte! No sé si aún vivo, o si el miedo me ha quitado la vida. Os agradezco, Señor, estas enseñanzas, y haré lo que pueda para que me sean provechosas. En adelante, no me pasará un sólo día que no piense en la muerte, para evitar estos tragos y no ser víctima de tales sorpresas.

Enseñadme a morir ahora que estoy sano y bueno. Encaminaré a la otra vida todos mis pensamientos, porque está visto que todo lo de aquí abajo es pura vanidad.

No esperaré, no, a lo último, para arrepentirme. Voy a comenzar a hacer penitencia en la flor de mi juventud.

Ya no quiero lecho blando y placentero, comidas delicadas, vinos preciosos, sueño prolongado, honores caducos, placeres y bienandanzas corporales. ¿Cómo había de poder sufrir las penas del Purgatorio, si ahora no tuviera

valor para hacer penitencia? Hoy mismo comienzo a procurar algún consuelo a mi alma para el día de mañana pues estoy cierto que nadie se acordará de ella cuando esté en las llamas expiando sus pecados.

Sabid.— Haces muy bien, amigo mío, en pensar en los peligros de la muerte ahora que estás en la juventud; porque en el momento último nadie podrá ayudarte, ni encontrarás otro refugio que mi pasión, mi muerte y mi infinita misericordia.

Discíp.— Por eso mismo, Jesús mío, me postro a vuestros sagrados pies, y os suplico que os dignéis castigarme y purificarme ahora, para que no venga a caer en los tormentos incomprensibles del Purgatorio.

¡Qué necio era al creer que el Purgatorio era cosa de poco, y que era una suerte el ir a él! Ahora es tal el miedo que tengo a sus llamas devoradoras, que no puedo pensar en ellas sin estremecerme de terror.

Sabid.— Ten valor, hijo mío; porque este temor es el principio de la sabiduría y el camino del cielo. ¿No recuerdas las alabanzas que los Libros Santos dedican a los que temen la muerte y meditan constantemente sobre ella? Ya puedes estarme agradecido de pensar como piensas, pues este pensamiento es muy raro en el mundo. No obstante las advertencias que a los hombres hago sin cesar, no es posible sacarlos de su ilusión. Los desgraciados, al morir, caen en las horribles prisiones del infierno, y allí lloran y gimen y caen en la cuenta de su locura; pero ya es tarde.

Fíjate en los de tu edad que ya han muerto; evócalos en tu espíritu; habla con ellos, y pregúntales dónde han ido a parar. Lo que escucharás serán sus llantos, sus gritos lastimeros. Aprovechate de sus sabios consejos.

¡Dichoso el hombre que enseña a otros a atender a su salvación cuando aún es tiempo!

Si de verdad sabes lo que te haces, deberás esperar la

muerte cada día, estarás siempre dispuesto a recibirla, y a emprender con alegría el gran viaje de la eternidad. Porque ¿qué cosa hay más incierta en la vida? El hombre es como el pajarito sobre el cual se arroja el gavilán, o como el desventurado que ve arribar junto a sí el bajel intrépido que lo alejará de su patria para siempre.

La verdadera sabiduría consiste en saber prever el fin de la vida, y en adelantarse por el pensamiento a la muerte misma.

CAPITULO XXV

Del Santísimo Sacramento

Discípulo.— Si me concediéseis el favor de introducirme en la intimidad de vuestros santos misterios ¡oh Sabiduría sumamente comunicable! me atrevería a preguntaros los secretos de vuestro amor. Ya sé que por medio de vuestra dolorosa Pasión y por vuestra muerte se nos manifestó espléndidamente el abismo impenetrable de vuestra caridad infinita: pero ¿no podríais darnos otras manifestaciones aún más espléndidas de vuestras infinitas ternuras para con vosotros?

Sabiduría.— Pues ya lo creo. Más fácil sería contar las estrellas del cielo que no las pruebas y testimonios de mi amor infinito.

Discípulo.— ¡Oh Jesús mío, dulce amor mío! Mi alma languidece esperándoos. Dad a vuestro siervo la paz y la dicha de gozar de vuestra presencia.

Ya veis que para mí están muertas todas las cosas de la tierra, y que nada deseo sino los tesoros de vuestra ardiente caridad. También sabéis que es muy propio del

amor el no hastiarse nunca de su objeto, sino que cuanto más lo posee más desea poseerlo. Decidme, pues, Sabiduría encantadora, ¿cuál es la gran prueba de vuestro amor, que nos habéis dado además de vuestra Pasión y de vuestra muerte?

Sabid.— Dime tú antes ¿Qué es lo que más aprecia uno que ama, aún entre todas las cosas preciosas de la tierra?

Discíp.— La presencia del amado, creo yo; sus caricias, y el estar cierto de que nunca se verá privado de él.

Sabid.— Eso es. Y como sabía yo que mis amigos fieles sentirían el deseo intenso de mi presencia, en mi cena última determiné quedarme siempre presente a mi Iglesia y a mis fieles hasta el fin de los siglos, por medio de la Eucaristía.

Discíp.— Señor, perdonad mi ignorancia. ¿Cómo puede estar bajo las simples apariencias de pan vuestro cuerpo bienaventurado y glorioso? ¿Cómo he de veros presente en este Sacramento?

Sabid.— Para mí nada hay imposible. Si los sentidos te engañan suple su defecto con una fe sencilla y sincera sin pretender sondear abismos que son insondables.

Estoy presente a ti en el altar, verdadero Dios y verdadero hombre, con mi cuerpo, mi alma, mi carne, mi sangre, como estuve reclinado en los brazos y contra el pecho de mi Madre, como estoy en el cielo en la plenitud de mi gloria.

Dime: ¿cómo se ve un palacio en un espejo y en todos los pedacitos del mismo?, ¿cómo la extensión infinita de los cielos cabe en ojo humano que es tan pequeño? ¿No se necesita más poder para sacar de la nada el cielo y la tierra y todo el universo que para convertir misteriosamente el pan en mi cuerpo? Entonces, no sé por qué te has de admirar más de lo uno que de lo otro. ¡Cuántas cosas hay en el mundo que las crees, pero que no las has visto jamás! ¿Y no exceden en mucho las criaturas invisi-

bles a las visibles que nos rodean ¿Quién hay que no crea firmemente que tiene un alma? Y sin embargo nadie lo ha visto.

Si yo te preguntase acerca de los caminos del abismo de los mares, o acerca de las aguas superiores (la atmósfera), me responderías que estas cosas están fuera del alcance de las facultades y de los sentidos del hombre, y que tú no has penetrado nunca los abismos ni has medido la altura de los cielos. No comprendiendo, pues, las cosas naturales y terrestres, ¿cómo has de comprender las celestiales y divinas?

Si una madre criase y educase a un hijito suyo en el encierro de una prisión completamente obscura, al pobre niño le parecería increíble cuanto su madre le dijera acerca del sol y de las estrellas y de toda la naturaleza: y con todo la madre no le engañaría. ¿No merece más crédito mi palabra que no los sentidos del hombre?

Bástete, pues, saber que la Eucaristía es obra de mi omnipotencia y de mi amor. Apóyate en la fe, y gozarás de mi presencia.

Discípulo.— ¿Cómo no he de creer todo lo que Vos me enseñáis, siendo Vos la Verdad que no puede mentir, la Sabiduría que no se puede engañar, la Omnipotencia a la que nadie puede poner límites? ¿Por qué no tendré tanto amor, como todas las criaturas juntas y una conciencia tan pura como los ángeles, y un alma tan hermosa con todas las bellezas, con todas las virtudes, para recibirlos en mi pecho con tal ardor, con tal fuerza que ni la vida ni la muerte puedan jamás separarme de mi amor?

Si me enviaseis un ángel con una embajada, de verdad que no sabría cómo recibirlo y agasajarlo: ¿qué he de hacer, pues, para recibirlos a Vos, que sois el Rey de la gloria, el tesoro de mi alma, el Bien único, soberano, que en sí encierra cuanto puede desear mi corazón en el tiempo y en la eternidad?

Vos sois, Jesús dulcísimo, lo más hermoso que ven mis ojos, lo más dulce que mi paladar saborea, lo más delicado que mi tacto toca, y lo más amable que conoce mi corazón. Pero no sé, de verdad, cómo he de unirme a Vos. Vuestra presencia me atrae y me cautiva, pero vuestra majestad me detiene y me asusta. Mi razón quiere que os adore en silencio y con temor, y mi corazón desea amaros, abrazaros como a su bien único, queridísimo. Sólo Vos, Jesús mío, sólo Vos sois mi Señor, mi Dios, mi hermano, mi esposo. ¡Si pudiese transformar todos mis miembros, mi lengua, mi carne... en amor, y no ser más que amor, para poder encontrar vuestras bondades, vuestro inmenso amor...!

¿Qué me importa a mí del mundo, con tal que Vos os deis realmente a mi alma, y pueda estrecharos contra mi pecho, amaros, y gozar de la intimidad de vuestra presencia? Muy feliz me hubiera sentido si hubiera tenido la dicha de recoger y conservar una sola gota de la sangre que brotó de la herida de vuestro costado: y ahora recibo en mi boca, en mi corazón y en mi alma toda vuestra sangre preciosa que los ángeles adoran en el cielo.

¡Oh Sacramento de amor! ¡cáliz de dulzura inefable! ¡Qué dicha más grande, Señor, la de recibir vuestra caridad y de transformarse en ella por la gracia! Ya no deseo veros directamente y sin velos, porque tengo bastante con la fe, que es superior a los sentidos y a la inteligencia, porque ya os poseo con toda seguridad, porque nada me falta, porque nada me queda que desear.

Quisiera alabar dignamente y glorificar la grandeza de vuestra Sabiduría y los ricos tesoros de Vuestra ciencia. ¡Oh amor de inmensa profundidad!, ¡oh pensamiento sublime, alimento purísimo Sacramento inefable! ¡Señor!: si tan grande, tan incomprensible, tan admirable os mostráis en vuestras dádivas y en las efusiones de vuestra gracia y de vuestro amor, ¿qué tal seréis Vos en vuestra misma esencia?

Prepárate, alma mia, prepara cuidadosamente el aposento que ha de ser para un Rey tan excelso, prepara tu corazón para recibir a un huésped tan cariñoso, prepara tu amor para un esposo tan puro y tan encantador. Préséntate a él con gran humildad, y con todo el respeto de que seas capaz.

CAPITULO XXVI

La preparación para comulgar

Discípulo.— Reconozco vuestro amor, ¡Sabiduría divina!, vuestra bondad, y vuestra grandeza en el Sacramento de la Eucaristía pero precisamente por esto he de confesar que en manera alguna seré capaz de recibiros dignamente, si Vos antes no me enseñáis.

Sabiduría.— Acércate a mí con el respeto y humildad que mi divinidad se merece, alójame en tu alma sin que ni por un momento olvides que estoy allí, mírame y trátame como la esposa querida que ha elegido tu corazón. Procura tener hambre de esta comida celestial, para que frecuentemente puedas comerla.

El alma que desea concederme el hospedaje de una vida retirada, y gozar de la intimidad de mis caricias, debe estar purificada y libre de toda vana preocupación, muerta a sí misma y a todos los afectos terrenos, adornada de todas las virtudes, con las rosas rojas de la caridad, las violetas aromáticas de una humildad profunda, y el lirio blanquísimo de una pureza inviolable. De este modo me prepararás en tu corazón un lecho blando y regalado, porque yo siempre coloco mi morada en la paz.

Sea yo el objeto de tus deseos y de tus pensamientos;

pero mira que tu amor sea todo mío, todo, sin reserva, porque huyo de las almas que aún aman la tierra, como el pobre pajarito huye del gavilán. Cántame los cánticos de Sión para engrandecer las maravillas de mi bondad es este admirable Sacramento, procurando que todas tus alabanzas sean salidas del corazón.

Por mi parte, te corresponderé a tus ternuras con ternuras nuevas, te haré gozar de una paz verdadera, te concederé una visión clara de mí mismo, una alegría pura, una dulzura inefable, un adelanto de la bienaventuranza. Estos favores los concedo solamente a mis amigos que saben exclamar transportados al recibir mis favores secretos: *¡Verdaderamente que eres un Dios oculto!*

Discíp.— ¡Ay de mí! ¡Cuántas veces he cogido estas rosas, y no he percibido su olor; y me he paseado entre estas flores hermosas, sin verlas siquiera; y he recibido este bálsamo divino sin que haya conocido su influjo! Sí, muchas veces ha caído sobre mí este rocío fecundo, y he continuado siendo una rama marchita y seca.

¡Oh Jesús mío, huésped amoroso de las almas puras! ¿cuántas veces he comido el Pan de los ángeles sin deseo alguno?

Si hubiera tenido que recibir a un ángel, lo hubiera hecho con profundo respeto; y tratándose del Rey de reyes, ni siquiera he notado su presencia. Me pesa de haberme conducido ante vuestra presencia eucarística con tan poco respeto, con tanta frialdad, con tanta ignorancia; de haber estado tan lejos de Vos con el corazón mientras que tan cerca os tenía con el cuerpo.

Al mismo tiempo que me visitabais, y fijabais vuestra mirada tierna y afectuosa sobre mi alma, yo estaba distraído pesando en otras cosa, sin temor de vuestra soberana majestad; siendo así, Jesús mío, que lo correcto en este caso, lo justo, era que todo mi ser fuera para Vos, que os ofreciese todos mis servicios, mis deseos, mi corazón que

diera rienda suelta a mi amor, que os alabase y os diese rendidas gracias.

En reparación de todos mis descuidos y faltas, me postro a vuestros pies divinos; y en presencia de todos los ángeles que os adoran en este augusto Sacramento, os reconozco y confieso mi Dios, mi Señor, la Sabiduría eterna, el Verbo encarnado, el hombre perfecto que reina en la gloria; y os suplico que me perdonéis mis distracciones e irreverencias. ¡Señor, que mis lágrimas lleguen a mover vuestra misericordia!; ¡iqué olvidéis todas las faltas que he cometido contra el Sacramento de vuestro amor!

CAPITULO XXVII

La Comunión frecuente

Discípulo.— Ahora, Sabiduría eterna, tenéis que decirme qué bienes acarrea vuestra presencia eucarística al alma fiel que os recibe con deseo y con amor.

Sabiduría.— ¡Hijo mío!; esta pregunta no es digna de un corazón que ama. ¿Qué cosa mejor y más grande que yo mismo? ¿y qué puede ya desear uno que está unido al objeto de su amor ¿Puede rechazarlo un corazón amante, cuando se le ofrece. En este Sacramento me doy a ti, y te atraigo a mí; encontrándome a mí te pierdes a ti mismo para convertirte en mí.

¿Qué hace la apacible primavera sobre los campos y jardines, una vez que han cesado las heladas y las nieves y los vientos y todos los rigores del invierno? ¿Qué hace el resplandor de las estrellas en la obscuridad de la noche? ¿Qué hacen los rayos del sol en el aire diáfano? Conmigo llevo todos los bienes al alma que me recibe con amor.

Mi cuerpo glorioso es más encantador que la primavera, mi alma más refulgente y hermosa que las estrellas, y mi Divinidad más esplendorosa y rica que infinitud de soles.

Discíp.— Pero yo, Señor, no siento las dulzuras que decís Después de la Comunión me quedo seco, frío, insensible: soy como un ciego que nunca ha visto la luz del sol. Yo quisiera que me dieseis señales más claras, pruebas más evidentes de vuestra presencia.

Sabid.— La fe es más pura y más meritoria cuando menos señales y pruebas la acompañan. No soy en este Sacramento una luz exterior que se perciba con los sentidos, sino un bien tanto mayor cuanto es más interior y está más escondido. Los seres vivos crecen, y tú no lo conoces hasta que el fenómeno está ya cumplido. Mi virtud es oculta, mis gracias no se sienten, mis dádivas espirituales llegan al alma sin que ella las vea ni las sienta.

Soy pan de vida para las almas dispuestas; pan del todo inútil para los negligentes; y una desgracia temporal y muerte eterna para los indignos, para los que están en pecado mortal.

Discíp.— Vuestras palabras, Señor, me revelan muy claramente lo difícil que es prepararse para recibir dignamente Sacramento tan soberano.

Sabid.— Nunca ha sido capaz de recibirme dignamente ningún hombre mortal. Aunque poseyeses toda la santidad de los bienaventurados del cielo y toda la pureza de los ángeles, no por esto serías aún digno de tan grande honor.

Mas no te desanimes: haz lo que puedas, que no te pido más. Yo supliré lo que falte a la debilidad humana. Un enfermo debe confiar siempre, y atenerse a las prescripciones del médico, hasta que haya recobrado la salud.

Discíp.— ¿No sería mejor, Señor por respeto y aún por prudencia el no acercarse con tanta frecuencia a vuestro Sacramento?

Sabid.— Si notas que aumenta en tu alma la gracia y el deseo de este manjar divino, debes recibirlo con la mayor frecuencia. Si crees que comulgando no adelantas nada, si sientes sequedad, hastío, indiferencia, no por esto te asustes: procura prepararte lo mejor posible. No dejes la sagrada Comunión, porque cuanto más te unas conmigo tanto mayor y más eficaz será tu enmienda.

Mira que vale más comulgar por amor, que abstenerse por temor; y que la salvación del alma está mucho más segura en la fe sencilla, en la sequedad y en las penas interiores, que en las dulzuras y alegrías del espíritu.

Discíp.— ¿Y no podría uno abstenerse por temor, pero comulgar espiritualmente?

Sabid.— Dime: ¿No vale más recibirme a mí y a mi gracia que no recibir mi gracia solamente? ¿No es preferible poseer además de mi gracia, mi presencia real?

CAPITULO XXVIII

Las alabanzas divinas

Alaba al Señor, alma mía: yo le alabaré toda mi vida (Salmo CXLV, 1).

A) Deseos de alabar a Dios

Discípulo.— ¡Oh, Señor!: ¿Quién me dará fuerzas para decir lo que siente mi corazón? ¿Cómo podré bendeciros y alabaros según mis deseos? ¿Cómo celebrar dignamente durante mi vida al Señor de la majestad que tanto ama a mi alma? ¡Ojalá que de mi corazón brotasen las armonías de todos los instrumentos musicales, que mi voz repitiese todos los cánticos que hasta esta hora se han cantado en